

25
cts

RAZA
DE
DOMADORES

JOHN WAYNE

CECILIA PARKER



BRADBURY, Robert-North

BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: EDITORIAL
RAMÓN SALA VERDAGUER "ALAS"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES
Valencia, 234 - Teléfono 70657 - Apartado 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad, Gral. Española de Librería - Barberá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO XI APARECE LOS MARTES NÚM. 615

Riders of Destiny, 1933

RAZA DE DOMADORES

Adaptación en forma de novela de la
película del mismo título, interpretada
por el gran artista

JONH WAYNE

Narración de HARRY BALTYMORE

Producción Monogram Pictures

Exclusivas Balañá Films

Valencia, 278 Barcelona

REPARTO

Sanders	JOHN WAYNE
Fay	Cecilia Parker
Kincaid	Forrest Taylor

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA



PRIMERA PARTE

Han pasado los años, la nueva civilización ha ido apoderándose de todas aquellas viejas costumbres del Oeste y poco a poco el típico ranchero va desapareciendo. Pero en aquellos lugares donde todavía esta civilización no ha hecho presa, en aquellos parajes donde el monstruo del ferrocarril no ha herido todavía la tierra, siguen conservándose aquella raza de domadores, de aguerridos hombres que sabían jugarse una y otra vez la vida por el amor de una mujer, por la justicia y por la fortaleza de la ley. Y todavía quedan también aquellas mujeres de varonil fortaleza y de ingenua belleza que, como antiguas walkyrias, cruzan sobre soberbios caballos las estepas y amplias llanuras de las tierras del Oeste.

La raza de domadores era muy fuerte para poder terminar con ella y, a medida que el progreso avanza en las tierras del Oeste, ellos van internándose, como si buscaran horizontes nuevos donde realizar sus heroicas hazañas.

En una de estas regiones, en la que toda
vía se conservaban incólume las antiguas tra-
diciones, venían sucediéndose los robos y,
sobre todo, los atracos a la diligencia, único
vehículo que unía al pueblecito de Hunwr-
ton con la capital. Dábase el caso raro en
extremo, de que la diligencia únicamente
era atracada cuando traía dinero, y esto era
una señal evidente de que el jefe de la banda
de salteadores estaba al corriente de cuanto
transportaban la diligencia. Pero sucedía
también otro detalle curioso y era éste: que
los atracos no habían tenido lugar hasta que
se instaló en el pueblo un tal Kincaí, hombre
a quien se creía poseedor de una gran fortu-
na y había llegado con autorización del go-
bierno para hacer una presa.

Era Kincaí uno de esos hombres a quienes basta verlos una sola vez para sentir hacia él una adversión irreprimible. Cuando hablaba, parecía hacerlo con un dejo de autoridad jactanciosa, como si todos los demás seres fuesen subalternos suyos y nunca reconocí más voluntad que la suya, ni jamás se



- ¡Este señor es Mr. Sanders!...

supo que hubiese tenido la menor compasión hacia cualquier desvalido.

Kincai, provisto de aquella autorización del gobierno, había emprendido con gran rapidez los trabajos de la gran presa y el resultado de este trabajo fué el que todas las tierras quedaran sin agua. Había desviado el río para que sus aguas fuesen únicamente a la presa que había edificado y todos los ranchos tenían que pagar una subida contribu-

ción, porque Kincai les facilitase el agua que necesitaban para sus tierras y para dar de beber a sus ganados.

Pero la ambición de Kincai no tenía límites y continuamente amenazaba con suprimirles el agua, si no se avenían a venderle los ranchos por la miseria que daba por ellos.

Algunos rancheros, temiendo que las amenazas de Kincai llegaran a ser ciertas, habían cedido por una miseria sus propiedades, pero otros, más firmes y con mayores deseos de lucha, se habían opuesto a los manejos del forastero y le hacían cumplir el contrato que tenía firmado.

Lo cierto es que una tarde cantaba alegramente un vaquero por la planicie próxima al pueblecillo, cuando de pronto detuvo su caballo al oír unos disparos que partieron del recodo de la carretera.

Impulsado por la curiosidad, espoleó a su caballo y se lanzó corriendo hacia el lugar de donde habían partido aquellos disparos, y vió a un hombre tendido en el suelo, mientras que una joven, apostada tras un árbol, hacía frente con su revólver a los que hacían fuego contra ella.

El vaquero lo primero que hizo fué acudir en auxilio del hombre que estaba herido en el suelo y vió que sobre su pecho llevaba la insignia de "sheriff". Le inspeccionó la

herida y, al ver que no era de mucha importancia, le dijo:

—Procure no hablar, "sheriff".

Le entaponó la herida hasta conseguir que no sangrara y volvió a decirle:

—Ya paró de sangrar... Pronto se pondrá bien... Yo mismo le llevaré a Stavuk.

Sacó un frasco conteniendo ginebra y le dió a beber al "sheriff" para reanimarlo, pero diciéndole en son de broma:

—Tome sólo un trago... Ya tomará más otra vez...

Cuando creyó que él ya nada había que temer por el "sheriff", se acercó a la joven y le preguntó:

—¿Está usted herida?

—No creo — respondió la muchacha, sin abandonar su puesto tras del árbol.

El vaquero vió entonces detenida la diligencia y miró a la muchacha, creyendo que se trataba de una salteadora de caminos. Verdaderamente era una lástima, pensó el vaquero. No merecía serlo aquella muchacha tan bonita, y ella, tal vez adivinando su pensamiento, le dijo:

—Esos hombres querrán detenerme... Son los hombres que custodian la diligencia... No los deje llevarme... No soy una ladrona.

El vaquero, viendo el peligro que corría la muchacha de seguir en su puesto, sacó el

revólver dispuesto a defenderla y, mientras sostenía a los contrarios, ella le dijo:

—Ya le explicaré todo... Nuestro único recurso era atracar la diligencia... ¿Quiere ayudarme?

—Haré todo lo que pueda por complacerla — le respondió el muchacha, quien, viendo que cerca de ellos había un caballo acribillado a balazos, le dijo:

—Su caballo ha muerto... Llévese el mío... Yo me cuidaré del "sheriff".

La joven montó sobre el caballo que le ofrecía el vaquero y, rápida como el relámpago, se alejó de aquel lugar, sin ser reconocida por nadie, hacia el pueblo.

El vaquero, entre tanto, recogió al "sheriff", lo colocó sobre el caballo del mismo herido y, sin dejar de disparar, lo llevó a donde le había dicho para que le curasen la herida.

SEGUNDA PARTE

Dos horas después, la joven que tan milagrosamente había salvado el vaquero, llegó a su rancho y su padre, al verla entrar montada sobre otro caballo, le preguntó inquieto, por lo que pudiera haber hecho su hija:

—En la carretera — respondió su hija, sin inmutarse —. Allí me han matado el caballo.

—¿Que te han matado el caballo?... ¿Por qué? — preguntó nuevamente su padre.

—Porque atraqué la diligencia... Me adelanté a los ladrones, pero perdí el caballo.

Su padre la miraba cada vez con mayor temor. Temía por la vida de su hija, al mismo tiempo que se sentía orgulloso de ella. La muchacha, cada vez más serena, a medida que iba hablando, siguió diciéndole:

—Si un forastero no me hubiera prestado el caballo, ya estaría presa.

—Pero ese forastero te reconocerá y te entregará al “sheriff” — le dijo su padre, ante el temor de que el que le había prestado ayuda la denunciase.

—No lo creo ni temo nada de él — exclamó la joven, demostrando una plena confianza en quien tan caballerosamente la había ayudado —. Se portó muy bien conmigo y tengo que devolverle el caballo.

—Más vale así, hija mía — respondió bondadosamente su padre —, pero creo que te has expuesto inútilmente, porque no habrás conseguido nada.

—Ya lo creo que he conseguido — exclamó riendo su hija, a la vez que le entregaba un sobre conteniendo una cantidad de dinero —. Aquí tienes lo que nos pertenece. Por esta vez se han llevado chasco los ladrones.

Y, en efecto, era tal y como decía la muchacha. Poco después de haber sido atacada por ella y el "sheriff" la diligencia, previamente enmascarados los dos para no ser reconocidos, una patrulla de bandoleros hicieron detener a la diligencia, ordenando a su conductor que le entregase cuanto dinero llevaban.

El conductor, seguro de no conducir más dinero, se echó a reír cuando se vió amenazado y les dijo burlonamente:

—Bajad las armas, porque no llevamos

ningún dinero... El que traíamos nos lo quitó un enmascarado.

No obstante hicieron un reconocimiento en el interior del carro y, cuando vieron que nada había en él que se pudieran llevar, lo dejaron marchar nuevamente, mientras que el jefe de los salteadores se unía a sus hombres y les decía:

—Esta vez ha fallado el golpe... Ha habido otro que debería saber lo del dinero y se ha adelantado a nosotros; cuando lo sepa Kincaí, se pondrá como una furia.

—Yo creo — le dijo uno de los otros — que el soplón ha debido ser Peter... El mismo que hoy conducía la diligencia.

Y, como había dicho el jefe de la banda, cuando poco después se entrevistaban con Kincaí, éste le decía a Peter, que había ido a darle cuenta de lo que les había ocurrido:

—Sois unos imbéciles... Debíais haber asaltado antes la diligencia.

—Nosotros no tuvimos la culpa — le respondió Peter —. Nos vimos sorprendidos por dos enmascarados.

—¿Y por qué no le dejasteis secos de un balazo? — preguntó indignado Kincaí.

—Ya hicimos fuego sobre ellos. El ladrón escapó, pero matamos el caballo... Era pardo.

—Entonces no será difícil dar con él — respondió Kincaí —. El ladrón andará a pie y es necesario buscarle.



Kincaí sacó su pistola y...

Mas no fué preciso que andaran mucho para dar con el vaquero, pues éste, en cuanto dejó al "sheriff" en sitio seguro, volvió al pueblo en busca de su caballo y al primero que encontró fué a Kincaí, a quien le preguntó:

—¿Sabe usted dónde podría encontrar al "sheriff"?

—Kincaí, al verlo desmontado, sospechó de él y le preguntó:

—¿Para qué lo quiere?

—Pues vengo a dar parte de que un enmascarado me ha robado mi caballo... Creo que se ha escondido en este pueblo.

Kincái miró recelosamente al vaquero y le dijo:

—El "sheriff" no está, pero creo que no tardará en volver... ¿Quiere usted esperarle?

El vaquero, mucho más tuno que Kincái, le respondió, como quien toma una rápida resolución.

—Tengo mucha prisa... Daré una vuelta por el pueblo para ver si veo mi caballo y luego volveré.

Se alejó tranquilamente, mientras que Kincai le seguía con la vista y les decía a sus hombres.

—Ese vaquero no me ha gustado nada... Tendremos que vigilarle, por lo que pudiera suceder.

Al pasar el muchacho por la puerta de la muchacha que había salvado, ésta, que estaba en la puerta, lo vió y corrió alegremente a llamarlo diciéndole:

—Venga usted, quiero presentarle a mi padre.

Sin la menor sospecha, firmemente convencido de que la joven no era una vulgar ladrona, el joven entró con ella hasta donde estaba el padre de la muchacha, quien presentó al visitante diciendo:

—Papá, este señor es Mr. Sanders.

El padre de la joven estrechó agradecida la mano del vaquero y le respondió:

—Le debo la vida de mi hija.

Sanders no pudo menos que preguntarles:

—Lo que no me explicó es cómo su hija estaba allí, ni por qué atacó a la diligencia... Hasta me pareció que el mismo "sheriff" la ayudaba.

—Es muy fácil de explicar — le respondió el padre de la muchacha.

Sanders prestó atención a la explicación y el ranchero continuó diciéndole:

—Somos propietarios a medias de una mina y nuestro socio nos remite lo que nos corresponde cada dos semanas. Antes nos manda un aviso del envío y siempre atraca la diligencia.

—¿Y cómo saben que les envían el dinero? — preguntó Sanders.

—Pues porque nos abren las cartas. En vista de ello, un día decidí seguir la diligencia... Hubo otro atraco... Allí me hirieron y hoy Fay, mi hija, se adelantó a los ladrones... Este era el mejor medio de evitar que ellos se llevasen el dinero.

—Verdaderamente no está mal pensado — respondió Sanders mirando con admiración a la joven —, pero podía ocurrir que Miss Fay sufriera algún accidente.

Antes de que pudiera responder la mu-

chacha, apareció Kincai, que había encontrado el caballo de Fay muerto, le había quitado la silla y se la traía a ella, después de haberla reconocido como de su propiedad.

Kincai, al ver allí al desconocido que le había preguntado por el "sheriff", sintió aumentar sus sospechas, pero supo disimularlas y le entregó la silla a Fay, preguntándole:

—Me parece que esta silla es suya, ¿verdad?

—En efecto — respondió la joven —. Un desconocido hirió mi caballo y tuve que regresar en otro que me prestó un forastero.

Al mismo tiempo miró a Sanders como para indicarle que aquél había sido el forastero que le había prestado el caballo y Kincai, sin hacer alusión al atraco de la diligencia, insistió sobre el mismo asunto de siempre, diciéndole:

—¿Le ha dicho a su padre si quiere, por fin, vender el rancho?

—Se lo he propuesto, pero mi padre se niega a ello. Ya sabe que siempre le dije que no lo vendería.

—Pues insista usted otra vez. Yo necesito este rancho y a él no le hace falta. Además que más vale venderlo ahora a buen precio que no luego, cuando ya no tenga ningún valor.

—Y mirando altivamente a Sanders salió

de la empalizada; mientras que el vaquero le preguntaba a la muchacha:

—¿Por qué insiste tanto en comprar el rancho?

—Los quiere comprar todos — le respondió Fay —. Ofrece por ellos un precio ridículo. Tiene los derechos del agua... Toda el agua de los ranchos pasa por su presa y él es el que nos la vende. Por eso nos amenaza.

—¿Y qué pueden temer de él?... Nadie está obligado a vender su propiedad, si no quiere.

Es que se teme que un día nos la quite... ¿Y qué sería de los ranchos si no tuvieran agua para sus tierras y para el ganado?

Sanders se sentó junto a la joven y le preguntó con vivo interés.

—¿Quiere usted darme algunos detalles de ese hombre?

—Sí — respondió ella —. Es un hombre de quien debe uno guardarse. Yo le creo capaz de todo para satisfacer su ambición.

—¿Le conoce usted algún negocio? — preguntó Sanders.

—Ninguno, pero tengo la seguridad de que no dudaría en tomar parte en él siempre que pudiese producirle alguna ganancia.

Sanders quedó un momento pensativo. Se daba cuenta exacta de quien debía ser aquel

individuo y empezaba a comprender que le iba a ser más difícil, de lo que creyó en un principio, desenmascararle.

Al fin se despidió de la joven, prometiéndola volver nuevamente y se dedicó a recorrer los establecimientos del pueblo para saber qué se decía del tal Kincaí.

Algunas personas le comentaron que Kincaí era un hombre que vivía en la montaña, que no se acercaba a la población y que nadie sabía de dónde venía ni a dónde iba. Otras personas decían que Kincaí era un hombre que vivía en la montaña, que no se acercaba a la población y que nadie sabía de dónde venía ni a dónde iba.

NIÑOS!!

Biblioteca de Aventuras Mickey

Dos historietas en cada libro, ilustradas con dibujos inéditos de **WALT DISNEY**
Amena traducción de MARÍA LUZ MORALES

Tomo primero: **MICKEY Y SU JAZZ** - **MICKEY BOMBERO**
Tomo segundo: **MICKEY CAZADOR** - **MICKEY TAXISTA**

Precio de cada ejemplar: **1'50 pesetas**

Pedidos: **Editorial "ALAS"-Ap.º 707-Barcelona**

TERCERA PARTE

Aquel mismo día los rancheros tenían una reunión, en vista de las exigencias de Kincaí y entre ellos se comentaba la desaparición del "sheriff", diciendo:

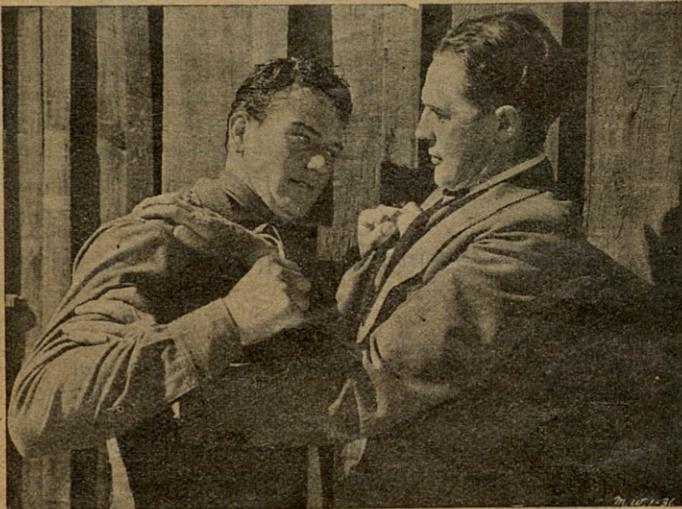
—El "sheriff" ha desaparecido y van dos en este año... Yo creo que Kincaí no debe ser extraño a esta desaparición.

—¿Por qué? — preguntó otro.

Ya sabes que él también tiene propiedades y Kincaí está decidido a que vendamos o a quitarnos el agua, si no accedemos a sus proposiciones.

—Pero si vendemos nuestras tierras, ¿qué será de nuestras familias? — exclamó otro ranchero.

—Lo mejor — terció un tercero — es esperar a que el Gobierno nos conteste. Estoy seguro de que enviará a un inspector y él resolverá el asunto.



Se estableó una lucha a muerte.

Y conformes todos con aquel pensar, se lo expusieron a Kincaí diciéndole:

—Hemos tenido una reunión todos los rancheros y hemos convenido en no vender.

—Pues yo dejaré de daros agua al finalizar nuestro contrato — les amenazó Kincaí.

—Usted no podrá hacer eso — exclamó el ranchero —. No puede usted dejar sin agua a todos nuestros ranchos.

—¿Acaso no es mía la presa? — exclamó

Kincaí —. ¿No he sido yo quien la ha edificado con autorización del Gobierno?

—Es que el Gobierno creyó hacer un bien, permitiendo la realización de esa presa y lo único que se ha conseguido es monopolizar el agua.

—Vosotros pensad lo que queráis, pero la ley está de mi parte y os quitaré el agua el día que termine el contrato, o tendréis que pagar por ella mucho más de lo que valen vuestros ranchos.

Y ante la seguridad de que al fin cederían, Kincaí se fué tranquilamente a su oficina a esperar el día que terminase el contrato para poder obligar a los rancheros a vender sus propiedades.

La agitación en el pueblo era enorme y Sanders estaba seguro de que, de no haber un arreglo, sucederían sucesos graves. Se advertía en todos los rancheros el deseo de salvar sus propiedades fuese de la forma que fuese.

Con el deseo de evitar males mayores, Sanders fué a la oficina de Kincaí, al que le dijo apenas entró:

—Vengo para ver si es posible arreglar ese asunto de los rancheros.

Sanders, que reconoció en seguida en él al individuo que había ido buscando al "she-riff", lo miró altivamente y le preguntó a su vez:

—¿Y quién eres tú para meterte en líos que no te importan?

—Es que quiero evitar que hayan sucesos sangrientos en el pueblo — respondió Sanders—. Yo creo que es mejor arreglar las cosas pacíficamente, antes que emprenderlas a tiros.

Kincai se echó a reír y le dijo:

—Prefieres atracar a las diligencias en los despoblados, ¿verdad?... ¿Crees que no te he reconocido?

Sanders no quiso deshacer aquel equívoco que dejaba de toda sospecha a Fay y le respondió:

—Cada uno trabaja como mejor puede...

Kincai cambió rápidamente de idea y, pensando apoderarse de aquel hombre en quien reconocía un valor extraordinario, le propuso:

—¿No te convendría trabajar a mis órdenes?

Sanders comprendió que iba a saber más de lo que se había propuesto y le respondió:

—Eso depende de lo que haya que hacer.

—Es cosa bien fácil — siguió diciéndole Kincai, a la vez que miraba en todas direcciones para asegurarse de que nadie los escuchaba —. Se trata de hacer lo que hiciste el otro día.

—¿Asaltar la diligencia?



El joven vaquero no se amilanaba por la superioridad de su adversario.

—Eso mismo. Yo sé cuándo trae dinero y cuándo no. Daremos siempre el golpe en seguro. Amí no me engañan.

—Es que nadie puede fiarse de otro... Sería preferible que tuviéramos la certeza de qué quien da el soplo no nos hace traición.

Kincai le cogió por un brazo y, llevándolo al interior de su oficina, le dijo:

—Me da el soplo el mismo socio del padre de Fay. A él le conviene este negocio, porque

de esa forma puede quedarse con la mina a bajo precio...

Sanders se rascó la cabeza como quien du da antes de tomar una decisión y le respondió:

—Antes de tomar una resolución necesito conocer a ese socio de quien me habla. Yo no soy hombre que me deje sorprender tan fácilmente.

—Mañana mismo le conocerás — terminó diciéndole Kincaí —. Le haré venir y aquí hablaremos del asunto.

—¿Y del asunto de los rancheros? — pre-guntó Sanders —. ¿Qué hay que hacer?

—De eso no te preocupes — le respondió Kincaí —. Por mucho que ellos te hayan ofrecido, más ganarás conmigo.

—Siendo así, acepto — terminó dicién-dole Sanders —, pero siempre con la condi-ción de conocer de antemano al socio de que me ha hablado.

—Puedes estar seguro de ello. Precisa-mente mañana tiene que venir aquí y ha-blaremos de este negocio.

Y Sanders, convencido de que iba a sa-ber por fin todo cuanto a él le interesaba, salió de las oficinas de Kincaí y se trasladó al pueblo inmediato para poner un telegra-ma al puesto de policía, en el cual decía:

“Necesito refuerzos. Envíenme agentes.
Sanders.”

Al día siguiente llegaban al pueblo pre-viamente disfrazados de vaqueros dos agen-tes más. Se instalaron en la única fonda que había, que hacía al mismo tiempo las veces de café y allí esperaron la llegada de San-ders para fingir un encuentro casual.

No tardó en acudir Sanders, quien, al ver-los, ni siquiera se acercó a ellos. Pidió un refresco en el mostrador y, mientras lo to-maba, deslizó un papel en el bolsillo de uno de los agentes. Pagó su consumición y vol-vió a salir de nuevo, sin que nadie hubiera advertido su estratagema.

Las mejores

narraciones cinemato-gráficas, solamente las encontrará usted en

Precio
UNA ps.

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

que no queríais veros allí, y que no queríais que se supiera que vos ibais a la diligencia.

—¿Por qué no queríais que se supiera que vos ibais a la diligencia? — preguntó Kincaí.

CUARTA PARTE

Aquella noche terminaba el plazo del contrato firmado entre Kincaí y los rancheros. Estos fueron a verle y le hicieron ver la imposibilidad de venderle las propiedades, diciéndole:

—Esas tierras son nuestra única fortuna y hemos de defenderlas con nuestras propias vidas.

—Vosotros haréis lo que mejor os parezca, pero yo me apoyo en la ley y os quitaré el agua.

—La tomaremos nosotros mismos — respondió uno de ellos.

Kincaí se levantó y, retándole con el gesto, le dijo:

—El que se atreva a coger un poco de agua, puede considerarse entre los muertos. Mis hombres no dejarán que nadie se acerque allí. Con que podéis pensarlo mejor. Y,

para que veáis que no quiero ser exigente, os doy 24 horas más de tiempo...

Y con aquellas palabras, dió por terminada la entrevista, a la que había asistido Sanders.

El padre de Fay estaba indignado contra Sanders, por haberlo visto con Kincaí y, en cuanto llegó a su casa, le dijo a su hija:

—¿Sabes quién es amigo del hombre que quiere despojarnos de nuestro rancho? Pues es ese amigo tuyo que te ayudó el otro día.

—¿Sanders? — preguntó la muchacha, sin creer que pudiera ser el mismo.

—Sí, Sanders — respondió su padre —. Perteñece a la cuadrilla de ese bandido. Por eso no me extraña que estuviera en la carretera cuando atracaste a la diligencia... Quizás él iba a lo mismo.

—No es posible — respondió la muchacha —. Yo no puedo creer que Sanders sea como Kincaí.

—Tal vez será peor — respondió despectivamente su padre.

La pobre muchacha sintió una angustia infinita ante las palabras de su padre. Jamás hubiera ella sospechado que Sanders fuera un hombre de aquella calaña y, aun cuando su padre, le había dicho aquello, seguía dudando, como si presintiera que algo misterioso sucedía en todo aquello.

Entre tanto los dos agentes enviados últi-

mamente a las órdenes de Sanders, leían las instrucciones que éste les daba por escrito y que decían:

—“Esta noche, si no voy a veros, cuando suenen las doce volar la presa, para que las aguas vuelvan otra vez al cauce del río.”

Inmediatamente los agentes empezaron a preparar cuanto hacía falta para la realización de la orden y Sanders esperó la llegada del socio del padre de Fay, para conocer a aquel sujeto y poder detenerlo infraganti.

—Tenemos un hombre que nos será de mucho provecho... Se trata de un muchacho que maneja el revólver y el lazo como un consumado maestro. Además no le teme a la muerte y sería capaz él solo de hacerle frente a todos los “sheriff” del Oeste.

—Con tal que no nos resulte otro Peter... —replicó el otro.

Kineai sonrió vanidosamente y respondió: De este estoy seguro... Tengo pruebas ciertas.

Al poco rato entró Sanders a la oficina de Kineai y el socio del padre de Fay, en cuanto lo vió, cambió de color. No obstante supo serenarse y adoptar un aire de completa tranquilidad al hablar del “negocio”, hasta que al fin le dijo a Kineai:

—¿Quiere usted enseñarme los contratos de los ranchos?

—¿Por qué no? — respondió Kineai.



Por fin consiguió dejarlo fuera de combate.

Fué a un armario que había frente a su mesa y su compañero le siguió diciéndole por lo bajo:

—Es preciso que hablamos sin suscitar las sospechas de este individuo.

Kineai hizo como que no encontraba los contratos y entró al interior de la oficina diciendo:

—Los contratos están aquí dentro, venga usted a verlos.

Pasaron los dos hombres al interior y, en cuanto estuvieron solos, el socio del padre de Fay le dijo a Kincaí:

—¿Sabe usted quién es ese muchacho?

—Un pobre diablo que se dedica a robar por los caminos — le respondió Kincaí.

—Me admira su buen golpe de vista, Kincaí — le respondió su cómplice —. Ese individuo pertenece a la policía del Gobierno. Lo sé muy cierto y estamos en su poder si no conseguimos librarnos de él.

—Eso es fácil — respondió Kincaí —. El nada sospecha, lo cogeremos desprevenido y de un golpe lo despachamos.

—Puestos de acuerdo, salieron hacia afuera y Kincaí se acercó a Sanders y le dijo:

—¿Sabe usted lo que me ha dicho mi socio?

—No soy adivino — respondió Sanders.

—Pues me ha dicho que se parece usted mucho a cierto agente del Gobierno... ¿Será usted mismo?

—Si lo fuera, ¿qué sucedería? — preguntó en tono de desafío Sanders.

—Pues sencillamente de que no saldría de aquí con vida.

Y antes de terminar de decir estas palabras, Kincaí sacó su pistola con intención de disparar sobre él,

Rápido como el pensamiento, Sanders cogió una silla y la arrojó sobre su adversario, que, al recibir el golpe, soltó la pistola.

Entonces fué su cómplice quien intentó hacer fuego contra él, pero Sanders, que no le perdía de vista, se abalanzó sobre él para esquivar el tiro y de un puñetazo lo hizo rodar por tierra.

Entre los tres hombres se entabló una lucha a muerte. Parecía imposible que Sanders pudiera hacer frente a aquellos dos individuos, cuyas intenciones se veían bien claras que eran las de matarle. Pero el joven vaquero no se amilanaba por la superioridad de las fuerzas de ambos y resistía sus golpes con una estoicidad verdaderamente heroica, al mismo tiempo que les sacudía cada puñetazo que los hacía rodar cuan largos eran.

Por fin consiguió dejar a los dos fuera de combate y los encerró en el interior de la oficina para evitar que pudieran fugarse.

Se acordó de que había dado orden de volar la presa a las doce, si él no iba, y salió corriendo de la oficina para ir a impedir que lo hicieran. Mas apenas llegó a la puerta, se oyó una fuerte explosión y comprendió que ya no tenía remedio alguno. Convencido de que lo mejor era ir en busca de Fay y contarle todo lo que había sucedido, se fué a su casa y llegó al mismo tiempo que los de-

más rancheros, en cuyos rostros se advertía la alegría que sentían en aquellos instantes.

— ¡Ya tenemos agua! — exclamaron alegramente —. ¡Ya no tenemos nada que temer de Kinca!

Fay les pidió una explicación y la dijeron: — Han volado la presa, las aguas han vuelto al río y ya todas las tierras podrán ser regadas libremente.

— ¿Pero quién la ha volado? — preguntó Fay.

— Nosotros — exclamaron los agentes del Gobierno, que llegaron en aquel instante —. Hemos cumplido la orden de nuestro jefe.

— ¿Y quién es vuestro jefe? — preguntó Fay.

Los agentes señalaron a Sanders, que se alejaba por el jardín y la muchacha corrió a detenerlo, diciéndole:

— ¿Por qué servía usted?

— Porque tengo dos pájaros encerrados, a quienes he de mandarlos a su jaula definitiva.

— ¿Y no pueden ir sus agentes? — le preguntó insinuadamente la muchacha —. Yo tengo que decirle algo muy importante.

— De sobras sabía Sanders lo que quería decirle y, sin responderle, la cogió cariñosamente por la cintura y la dijo:

— ¿No te parece que nos queda mucho tiempo para ello? Yo no pienso marcharme

de aquí hasta que usted me eche. ¿Qué dice a esto?

Y lo que dijo Fay fué que se echó en sus brazos, al mismo tiempo que exclamaba:

— Por mí puedes quedarte toda la vida.

Y mientras los rancheros celebraban la nueva feliz de la posesión absoluta del agua, los dos enamorados, bajo el pálido palio de la luna, se confesaban mutuamente el amor que se profesaban.

FIN

MAURICE CHEVALIER

JEANETTE MAC DONALD

UNA PECETA

EDITORIAL «ALTA» A. 10, Paseo

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

A PUESTO A LA VENTA

La viuda alegre

Un poema de imágenes y de melodías inolvidables
que revive los viejos días del París galante.

Salpicado de ironía y de sentimentalismo
trenza sus escenas entre la corte imaginaria
del pequeño reino de Marshovia y los dis-
creteos e intrigas de las embajadas
parisinas, sin olvidar naturalmente,
el galante ambiente de Maxim's,
centro, por aquellos felices días
de toda galante aventura. ☺

Creación de los inimitables artistas.

MAURICE CHEVALIER

y

JEANETTE MAC DONALD

UNA PESETA

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS», Ap. 707, Barcelona

COLECCION PITUSA

LECTURA ESPECIAL PARA NIÑOS

Almanaques

Mickey Mouse
Los tres cerditos
Bimbo e Betty Boop
Juanito Milhombres
El gato Félix



Cuentos infantiles

Nochebuena
Los Reyes Magos
Pitusa en el País de Jauja

Carnaval Infantil
Noche de Brujas (Betty Boop)
Milhombres cow-boy
La Cenicienta (Betty Boop)
Aladino o la lámpara
maravillosa

Fábulas

El león y el ratón
La cigarra y la homiga



50 céntimos
ejemplar

PEDIDOS A

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis.